

Una historia de todos nosotros

Antonio Pereira

Un tenaz escritor de cuentos al que conozco andaba en un verano por la playa solitaria y de pronto (aunque suele declarar reservas sobre eso de la inspiración) sintió el soplo de la brevísima historia de un cine como el de su juventud, que va a ser derribado por una voladura controlada. A la plaza del pueblo acuden los ya viejos y fieles espectadores para no perderse esa película en vivo de la explosión, «pero el espectáculo fue que al estampido de la dinamita se espantaron los caballos de la Remonta y rompieron vallas y galoparon las calles y todos caímos en la cuenta de que no hubiera podido existir el arte del cine si no se hubieran inventado los caballos».

El escritor de cuentos regresó a la gran ciudad y acudió a una de nuestras reducidas, íntimas salas de ahora, donde podía verse *Cinema Paradiso*. Él no sabía de esta película y se asombró del parecido con su microrrelato, salvo que lo del alboroto de los caballos era sólo suyo y bien suyo. ¡Casi nada! Porque ahí está la almendra del cuento. En las calles y campos de Giancaldo, el pueblón siciliano que nos enseña Giuseppe Tornatore, no salen caballos como para hacer una estampida; donde están es en la pantalla modesta y sin embargo prodigiosa, como los besos interrumpidos por la censura, los bailes aristocráticos y los trasatlánticos.

El señor Coleridge decía que la obra poética demanda la suspensión voluntaria y momentánea de la incredulidad. Vamos al cine y firmamos un pacto con el autor de la película: durante un par de horas usted nos da en imágenes una historia y nosotros nos la creemos. A veces, si la cosa se pone opresiva en nuestro pecho -catástrofe, tortura, suspense-, razonamos para salvarnos: ¡es mentira, son unos profesionales fingiendo ante una cámara! Pero si la película es buena de verdad, la credulidad se restablece sin que nos demos cuenta.

Rostros expectantes

El público del salón italiano -tiempo ruin de posguerra- era cándido y ni por un momento perdía su fe. Tornatore lo certifica en los rostros siempre expectantes que capta astutamente, en las risas fáciles, en las prontas lágrimas que no excluyen a los varones, todo un pueblo fascinado por unos mundos imposibles y, sin embargo, próximos gracias al nuevo arte.

Cinema Paradiso incurre -creo yo- en algún exceso melodramático. También en lances pueriles, véase la escena de los enamorados Salvatore y Elena en el

confesionario alcahuete mientras el bueno del proyccionista entretiene al cura con dudas sobre el milagro de los panes y de los peces. O el Totó niño que vuele a casa sin 50 liras y su protector y mentor lo salva in extremis de las iras maternas. Pero acaso el cineasta haya buscado adrede que su película tenga un fondo de candor y lo consigue.



Y desde luego, como protagonista indiscutible, el operador en su cabina, que enseña y contagia al pequeño y predispuesto catecúmeno. Alfredo -genial Philippe Noiret- es casi analfabeto y entiende el mundo a través del cine, viendo y oyendo. Cuando pierde la vista en un incendio aciago de la sala se exagera su necesidad de escuchar. Alfredo en su oficio sufre una secuela profesional: la repetición. Haber pasado en pruebas la cinta, proyectarla sabiendo lo que va a ocurrir, quizá repetirla en sucesivas sesiones explica que se le peguen las palabras, que la vida cotidiana de Alfredo se vea determinada por la retórica de los seres de la ficción plateada.

-¿Gary Cooper? ¿Clark Gable? ¿Spencer Tracy?-, pregunta con simpatía el ya adolescente Salvatore (Mateo Leonardi) cuando su mentor le aconseja que se vaya, que no recuerde, que su destino brilla y está en lugares más altos.

Y Alfredo el proyccionista, con una modestia que no vacila: «No, esta vez las frases son mías».

Salvatore, que andará por sus 20 años, ha perdido a la amada. En el corazón de los muchachos soñadores de un pueblo prenden pronto las niñas forasteras, y Elena lo era en cierto modo, directora de la sucursal del banco su padre, gente que siempre está marchando si quiere subir de condición. Salvatore también se marcha. No volverá hasta 30 años después, director de cine famoso, cuando su amigo Alfredo es ya del otro mundo y Elena, un recuerdo pálido en el milagro de unos recortes de celuloide.

Todos volvemos al origen, más o menos triunfadores, pero con algo de vencidos. Y *Cinema Paradiso* es como una transparencia. Lo que debajo aparece es la crónica de

lo que muchos hemos vivido, pero fácil de ser entendida y compartida por las generaciones más recientes. Somos seres que necesitamos para vivir, o sobrevivir, la nutrición de los sueños. Nos hubiéramos hundido -hablo ahora de nuestra posguerra- si no fuera que a la hora incierta del anochecer se encendían en las plazas endomingadas los focos de un Versalles o un Iris o Villafranquino.

Antonio Pereira es escritor, autor de País de Los Losadas